

Canto a las Waffen-SS

Léon Degrelle



editorial KAMERAD



Canto a las Waffen-SS

Léon Degrelle

Canto a las Waffen-SS

Las *Waffen-SS* tenían 38 divisiones con cerca de 1 millón de hombres en los frentes. De ellos cayeron en todos los frentes de la guerra más de 400.000 soldados, suboficiales y oficiales, entre ellos 32 comandantes de división.

50.000 soldados de las *Waffen-SS* se consideran desaparecidos.

A los soldados de Las *Waffen-SS* se concedieron las siguientes condecoraciones de mérito militar: 2 Hojas de Roble con Espadas y Brillantes junto a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, 24 Hojas de Roble con Espadas junto a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, 70 Hojas de Roble a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro y 463 Cruces de Caballero de la Cruz de Hierro. Después de la concesión de estas condecoraciones cayeron en el campo de batalla: 8 portadores de las Hojas de Roble con Espadas de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, 24 portadores de las Hojas de Roble de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro y 160 portadores de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.

Todavía a finales del siglo XX la mayoría de la gente ignora lo que fue, entre 1940 y 1945, el fenómeno - único en la historia militar - del millón de jóvenes combatientes políticos, voluntarios todos ellos, integrados en el seno de las 38 divisiones *Waffen-SS* en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.

¿Quiénes eran?

Ante todo, soldados. Los mejores soldados, formidablemente equipados, siempre los más dispuestos cuando era preciso enfrentarse al enemigo y reaccionar ante una ruptura.

Físicamente, los más dotados: talla mínima 1,75 metros, obligatoriedad de demostrar una salud sin fisuras y exclusión a la más mínima falta visual o ante una caries molar: una milicia que hacía pequeñas todas las normas olímpicas.

Su entrenamiento era excepcional. En la escuela de oficiales de Bad-Tolz todos los aspirantes habían perdido una docena de kilos al final del cursillo. Al terminar éste, cada uno se había convertido en un atleta, flexible, desnudo y fuerte como un dios griego.

También recibían una formación política del más alto rigor. Disciplina de hierro, libre y alegremente asumida. Espíritu de equipo, camaradería constante desembarazada de todo complejo de casta. Severidad en las costumbres: en las *Waffen-SS* un pederasta era enviado al paredón sin remisión.

El heroísmo era la ley imperante. Los jefes en cabeza. La media de supervivencia de un oficial de la *Waffen-SS* en combate no sobrepasaba los tres meses.

Esta concepción heroica del deber era exaltada por evocaciones grandiosas de las glorias del pasado. Se nutría de todas las fuerzas originales de la naturaleza. El solsticio de verano recordaba especialmente los fervores vivificantes de los fluidos terrestres y celestes. El último solsticio de 1944 había sorprendido todavía a todos aquellos jóvenes guerreros, con la antorcha en la mano, formando el cuadro en los claros de los montes altos cercanos al frente, mientras que las apoteosis wagnerianas giraban, vibraban bajo la noche estrellada.

¡Ansia de cuerpos jóvenes frente a la vida! ¡Pasión por la creación y la conquista!
¡Voluntad de vivificar, de escalar hasta las cumbres junto a una comunidad humana renovada en su carne y en su espíritu!

¡Eran fuertes como los robles de los bosques profundos, fuertes como los huracanes martilleando los cielos negros, fuertes como los caballeros de las epopeyas antiguas,

desafiando la suerte y la muerte!

¡La caballería! La *Waffen-SS* era una caballería de pie en sus estribos y con sus lanzas prestas a atravesar el futuro: 1 millón de jóvenes guerreros ideológicos, decididos a ofrecer todo - su juventud, su sangre, su fe - para obtener todo.

La *Waffen-SS* había sido en sus comienzos una formación estrictamente alemana.

El espectáculo de fuerza organizada y de ideal integral que ella dio en 1940 a un Occidente extenuado política y moralmente desanimado, impresionó a la juventud de los países vecinos. Bastaron algunos meses para que millones de jóvenes germanos, de Holanda, de Flandes, de los Países Nórdicos, primeramente estupefactos, entusiasmados después, vinieran a dar a la *Waffen-SS*, hasta entonces sometida al ámbito nacional, una textura más amplia: *Waffen-SS* de dieciocho años, de veinte años, llegados de Amberes, de Rotterdam, de Copenhague, de Oslo, hicieron bloque desde entonces con las *Waffen-SS* de Berlín, de Múnich, de Viena, de Konisberg.

Sin embargo, la gran puesta en marcha no vino sino un año más tarde, cuando Hitler quiso, en junio de 1941, liberar Europa de la tiranía comunista de un Stalin decidido, desde hacía mucho tiempo antes, a devorar a Europa, ultimando para entonces (como lo ha reconocido el propio Mariscal Zhukov) los últimos preparativos para la embestida soviética.

Frente al peligro común, centenares de miles de jóvenes europeos, rechazando el conformismo y la falta de imaginación de sus países atrofiados, se apresuraron a llegar a la cita del sacrificio.

Desde hacía siglos todos vivían apergaminados bajo su pequeño caparazón nacionalista, cada uno mirando a su vecino con desconfianza o con irritación, ignorando que, desde hacía siglos ellos no formaban en suma más que una sola raza, una sola civilización, que todos ellos eran los hijos de una patria común, Europa, veinticinco veces centenaria. Una misma espiritualidad les animaba, cualesquiera que fuesen las formas de su regocijo.

Descolgándose desde Jutlandia, Frisia, Bravante, las Ardenas, la Bauge, los Apeninos, se encontraron todos, mil doscientos años después de Carlomagno, reunidos en una inmensa cohorte juvenil, donde por fin, descubrieron su unidad.

Ciertamente fue necesario tiempo. Estaban separados por algunos siglos. El servicio común, los mismos sufrimientos, los camaradas que morían entremezclados, unieron a estos muchachos de veinte países larga y artificialmente opuestos. Fuertes soldaduras les juntaron durante cuatro años en los errores de los mismos combates, y respaldándose con una sinceridad siempre creciente, se dieron cuenta que una misma fe política les unía pero que, aún más, la identidad de sangre les hermanaba. Sus pueblos no eran más que un pueblo. Europa era el manojo soberano de los gladiolos flamantes de sus países de origen.

La *Waffen-SS* sería el crisol gigante en el que se interpenetrarán en una fusión ardiente los diversos genios de la Europa histórica.

Por su parte, frente al peligro soviético que amenazaba cada parcela de la antigua Europa, la *Waffen-SS* alemana, desde sus comienzos, había tomado conciencia no solamente del peligro que amenazaba indistintamente a todos los antiguos países rivales del continente, sino también, pero sobre todo, de las enormes realidades positivas que, desde siempre, habían soldado las diversas comunidades populares de Europa. La Europa de César y de Augusto. La Europa de Carlomagno y de Godofredo de Bouillon. La Europa de Federico II de Hohenstaufen y de Carlos V. La Europa del príncipe Eugenio de Saboya y de Napoleón Bonaparte. La Europa, también, de Voltaire

y Goethe. La Europa de los grandes apóstoles místicos, uniendo bajo una misma fe a los galos, los iberos, los germanos, los latinos, los eslavos, desde Ucrania hasta las lejanas orillas del Báltico.

Unas después de otras, las diversas legiones alemanas y no alemanas del frente del este se unieron, así libremente, en representación directa de su pueblo, en el seno de una *Waffen-SS* convertida en el gran centro de atracción y posteriormente de reunión de 1 millón de jóvenes europeos, futuros constructores del porvenir. En esta federación multinacional cada uno había conservado su lengua, sus banderas, su personalidad. La lengua alemana, segundo el idioma, estaba llamada a convertirse en el instrumento libre de los acercamientos nacionales. Nuestras ideologías, ciertamente, eran semejantes, pero hasta entonces muy fragmentadas. La *Waffen-SS* les aportaba la potencia de la voluntad, de la organización y de la unidad de esfuerzos.

Gracias a ella, en la hora de la gran conmoción creadora al día siguiente de la victoria, todos estarían igualmente disponibles, cada uno en su esfera natal, para dar a Europa un espíritu y una estructura.

La *Waffen-SS* se había convertido en el enorme cuerpo de asalto de la revolución nacionalsocialista.

Material y espiritualmente, este mundo nuevo estará marcado por el espíritu de cuerpo, por la disciplina, por la potencia de la ideología: la entrega total de las energías al servicio de un ideal absoluto.

La obra común obtendría sus frutos: orden del Estado, duradero, indestructible, justicia social, en el trabajo en equipo de todas las clases; amplio desarrollo familiar, célula básica de la estabilidad de la sociedad y de la felicidad individual; imaginación en la creación de riquezas materiales, armoniosamente adaptados a la apertura moral de una comunidad, plena del espíritu de solidaridad y del sentido heroico de la vida. A la potencia física y a la potencia ideológica, se añadiría la potencia en la acción.

Alemanes y no alemanes, rondando el millón, formábamos una formidable fraternidad europea. Al regresar a nuestros países respectivos hubiésemos sido los maestros de obras en el levantamiento de la Europa unida, una elite resuelta que hubiera guiado, durante una generación, a unas mesas generalmente insustanciales, acéfalas, entregadas por añadidura a unas querellas sociales estúpidas y desgarrándose políticamente, víctimas ciegas de agitadores y de clanes inmensos en el egoísmo y en la ambición.

Nosotros hubiésemos devuelto a nuestros pueblos la dignidad. Les habríamos instalado en el florecimiento social y en la comodidad, pero al mismo tiempo en la paz sublime de lo bello, lo noble, lo grande. La materia, entregada a sí misma, muere o mate. Solo el ideal tiene alcance eterno.

Nosotros poseíamos este ideal, si, nosotros, los jóvenes europeos de la *Waffen-SS*, cualquiera que hubiese sido nuestro país de origen, nuestro viejo país tan querido, pero un país que iba a dejar de vivir replegado sobre sí mismo.

Un intenso aire vivificador expulsaba las miasmas asfixiantes de viejas decadencias.

Nuestras voluntades hubieran federado, en todos los rincones de Europa, los esfuerzos de nuestros pueblos en una unidad suntuosa, y no - como hoy día - en una vaga federación, a menudo huraña, de mercaderes de tomates, de avellanas, de corderos, y de chuletas de cerdo, o propietarios vanos de millones de toneladas de mantequilla que se secan o pudren en almacenes súper-colmados por la locura y la anarquía económica.

La revolución *Waffen-SS* no hubiese sido solamente la del bistec, sino la de una doctrina enriquecedora de las comunidades humanas, elevando los espíritus en el seno de una colaboración basada ante todo en el orden político y social, en el espíritu

comunitario y en los más altos principios morales, pilares de la reconstrucción.

La *Waffen-SS* fue todo esto: un ejército continental como no se había conocido en época alguna (más del doble de la *Grande Arme*), un ejército que no era solo militar sino ideológico, capaz de asegurar, gracias a su fuerza y a su doctrina, la reunificación y el renacimiento de los miembros dispersos de una Europa cuyos falsos demócratas de antes de 1940 le habían disecado la inteligencia y cortado los nervios.

Un viejo rencoroso e impotente - Roosevelt -, un loco furioso de genio sombrío - Stalin - hicieron de Europa en 1945 un medio continente a merced de sus apetitos.

Durante largo tiempo, puede que para siempre, Europa no será más que un pañuelo de bolsillo en el que se sonarán los poderosos.

Así fracasó la más asombrosa experiencia política y militar jamás intentada. Fue única por su carácter y por su extensión: de 1941 a 1945, 1 millón de muchachos de veintiocho países de Europa, reunidos en seno de la *Waffen-SS* ofrecieron su juventud, y a menudo, su vida (400.000 *Waffen-SS* murieron en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial...) para crear una Europa consagrada a la justicia social, a la solidaridad, al orden y a la grandeza.

Evocar el recuerdo de este millón de caballeros es justo y saludable. Hoy día, ellos se encuentra maculados por las hordas de impotentes que son roídos por la envidia y el odio: efectivamente, ellos ¿qué han hecho?

A pesar de todo, en esta hora miles de jóvenes rehúsan la capitulación y no aceptan el descenso a las nuevas cloacas de infames y de cobardías políticas del mundo actual.

El gran ejemplo del millón de jóvenes héroes desinteresados de la *Waffen-SS*, que vive y muere para un ideal de fuego, quizá reanime un día los incendios que se creían apagados bajo los ultrajes. En esta espera, mientras tanto, ¡honor y gloria al mayor ejército ideológico de la historia de los hombres!

Dentro de mil años aún se hablara de estos soldados de hierro, tres mil veces más numerosos que los héroes de las Termopilas.

El héroe, dondequiera aparezca, no muere nunca del todo, su espíritu continua marchando como un abanderado a la cabeza de los pueblos.

La *Waffen-SS*, al sucumbir tras una lucha titánica, ha entrado para siempre en la inmortalidad.

*“La Waffen-SS fue todo esto:
un ejército continental como no se
había conocido en época alguna,
un ejército que no era solo militar
sino ideológico, capaz de asegurar,
gracias a su fuerza y a su doctrina,
la reunificación y el renacimiento de
los miembros dispersos de una
Europa cuyos falsos demócratas de
antes de 1940 le habían disecado la
inteligencia y cortado los nervios.”*

(Léon Degrelle)

